



# La madurez de la ciudad en la década de 1990: conceptos, formas, usos y significaciones de “lo público”

Los años noventa fueron decisivos en la historia de Bogotá, no solo por los grandes cambios que se produjeron en la ciudad, en particular en las formas, usos y significaciones del concepto de “lo público” como categoría fundamental del espacio urbano, sino también por las representaciones que conformaron el imaginario de la ciudad en sus habitantes.

El 13 de marzo de 1988 se realizó en Colombia la primera elección popular de alcaldes, y en 1995, Antanas Mockus, filósofo y matemático, exrector de la Universidad Nacional de Colombia, asumió la Alcaldía de Bogotá con una alta votación, a pesar de haber realizado la campaña electoral por fuera de los partidos políticos tradicionales y con una mínima inversión económica. La reflexión que acompañó a esta Alcaldía, basada en la discusión filosófica, logró concretar, por medio de acciones pedagógicas, dos aspectos que en la historia de la ciudad se habían desfigurado hasta casi perderse: los conceptos de “público” y “colectivo”.

También por voto popular fue elegido como alcalde de Bogotá, en 1997, Enrique Peñalosa, economista y administrador,

cuyo gobierno se centró en la construcción de obras que representaban esos conceptos de público y colectivo, discutidos y definidos en la administración anterior, e interiorizados por la comunidad mediante la pedagogía.

En la tesis de maestría del arquitecto Camilo Ramírez (2015), desarrollada en el Programa de Planificación Urbana (PROPUR) de la Universidad de Buenos Aires, Argentina<sup>29</sup>, se propone la siguiente hipótesis de investigación: “La representación que los habitantes tienen de su ciudad opera sobre las formas de la ciudad”. Esta hipótesis relaciona coherentemente los conceptos de imaginario y forma de la ciudad, por medio de la observación de los cambios que se produjeron en la representación que los habitantes tuvieron de Bogotá durante la administración de Antanas Mockus. También planteada en la citada tesis: *la espacialidad y las formas de la ciudad operan sobre el imaginario*. Esto permite entender las propuestas y las obras que realizó la siguiente administración, la de Enrique Peñalosa, que también modificó el modo como los habitantes vieron y representaron la ciudad.

Si en la primera hipótesis se partió de las representaciones que tienen los habitantes; en esta segunda hipótesis, que deriva de la primera, se parte de las obras físicas que se realizaron, para entender de qué manera se transformó el modo de ver y representar la ciudad.

En este momento del desarrollo del texto, resulta imprescindible señalar algunos aspectos de la mirada con que el habitante se acerca a su ciudad, ya que esta es la base de la representación que hará de ella y del imaginario. El psicoanalista Claudio Mangifesta (1998) señala: “el hombre mira primero hacia aquello que le concierne, le atrae y lo atrae, podríamos decir que es él quien se ha dejado mirar por eso”. Así, el habitante que se cree observador de su ciudad resulta ser —en cambio— mirado por la ciudad. Este señalamiento coincide con lo expresado en *Bogotá fragmentada*,

---

29 Ramírez Cely, Camilo (2015): *Las transformaciones urbanas de Bogotá: sentido e identidad en la década de 1990*. Tesis de maestría por sustentarse en el 2016, en la Universidad de Buenos Aires, dirigida por el arquitecto Juan Carlos Pérgolis, por solicitud del director del Programa de Planeamiento Urbano de esa universidad, el arquitecto David Kullock.

*cultura y espacio urbano a fines del siglo XX* (Pérgolis, 1998), cuando se observa que la escogencia de imágenes de la ciudad resulta de la selección que hace el observador entre aquellos estímulos que lo atraen por su capacidad simbolizante (“lo miran”) a lo largo de un recorrido.

El observador conforma las imágenes urbanas a partir de los estímulos que le produce la ciudad y que actúan sobre las percepciones (miradas) que guarda en el inconsciente; por lo tanto, en la imagen hay un faltante, un vacío que corresponde al deseo urbano, ya que este (en tanto es un deseo) mora en el inconsciente y se expresa como un impulso hacia algo externo a él: es una pulsión, una atracción hacia aquello que evidencia satisfacer ese deseo.

Así, con los conceptos de mirada e imagen, se puede plantear el concepto de “representación” y, por medio de este, observar los cambios producidos en el imaginario de los habitantes de Bogotá en los años noventa.

Se define como “representación” (re-presentación o segunda presentación) una imagen que sustituye a la realidad en el relato o la descripción: la realidad (en este caso, la ciudad) “se presenta”, y la narración que la representa aparece teñida por los deseos existentes en el inconsciente de quien la re-presenta (Pérgolis, 2000). El conjunto de representaciones entre los habitantes constituye el *imaginario colectivo*, ya que es el modo como la comunidad representa a su ciudad en un momento dado.

Para entender las transformaciones en el imaginario de Bogotá en la década de 1990 tiene un particular interés la primera de las hipótesis propuestas en la tesis señalada, ya que evidencia la importancia que adquirió el imaginario urbano en la administración Mockus. En ese periodo, la comunidad bogotana pasó de las representaciones negativas de la ciudad (sucia, peligrosa, etc.) a la idea de *Bogotá coqueta*, eslogan del gobierno de Antanas Mockus que proponía una ciudad que, como una adolescente inexperta, podía tener errores dada su juventud, pero al mismo tiempo, y por esa misma juventud, resultaba tan atractiva y agradable en su coquetería, que permitía perdonar —o por lo menos comprender— los errores.



Este eslogan encierra un importante rasgo de tolerancia hacia la ciudad, que en Bogotá había sido reemplazado por una creciente intolerancia que se manifestaba entre los ciudadanos y hacia la ciudad. Esto permite anticipar la política que desarrollará la administración Mockus.

Dos libros del filósofo alemán Jürgen Habermas deben ser observados para entender la posición inicial y del primer tiempo del gobierno Mockus: *Historia y crítica de la opinión pública* (1994), y *Teoría y crítica de la acción comunicativa* (1999). Sin embargo, en *Representar y disponer* (Mockus, 1988), libro que recoge su tesis<sup>30</sup> en la Maestría en Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia, Mockus inicia el prólogo citando el texto de Heidegger *La época de la imagen del mundo*, con la siguiente referencia: “[...] una época puede caracterizarse por la comprensión previa del ser y de la verdad que en ella impera”, y agrega a renglón seguido otra referencia al mismo autor: “la comprensión previa del ser y de la verdad correspondiente a la época moderna puede abordarse —y tal vez caracterizarse— [...] mediante el privilegio cartesiano de la noción de representación” (Mockus, 1988, p. 11).

Pero la observación sobre la ciudad se basará en la aproximación que hace Habermas al concepto de “público”, ya que el imaginario más fuerte que la comunidad bogotana tuvo y tiene aún hoy respecto a la administración Mockus se centra en *la cultura ciudadana*, que a su vez se basa en el concepto de “lo público”, y este a su vez se localiza en las representaciones del espacio público como ámbito de participación.

Muchos autores teóricos y urbanistas, como Rob y Leon Krier, Aldo Rossi, Ricardo Bofill, que permeaban el discurso nacional en la década anterior, señalaron las dificultades que ocasionó el urbanismo moderno, el cual desvirtuó los espacios tradicionales de la ciudad: la calle y la plaza, como ámbitos para el recorrido y para la permanencia, en función de otros tipos de espacios que la comunidad no entendió ni asumió. Así, aquel urbanismo de grandes planos neutros que creaban un espacio

<sup>30</sup> Tesis elaborada bajo la dirección del Dr. Carlos H. Gutiérrez, presentada para optar por el título de Magister en Filosofía en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia y laureada por recomendación del jurado al Consejo Académico de esa universidad.

permeable y aparentemente de uso público, sobre los que se apoyaban los bloques de la arquitectura moderna, devino en múltiples espacios cerrados que daban cuenta de la pertenencia de cada uno de ellos, sin la tradicional continuidad de los lotes privados en las cuadras. El resultado, junto con las tipologías de conjuntos cerrados de vivienda y centros comerciales o “*malls*”, fue no solo la pérdida del concepto de espacios públicos, sino también la indiferencia ante sus usos, sus formas y sus significaciones comunitarias.

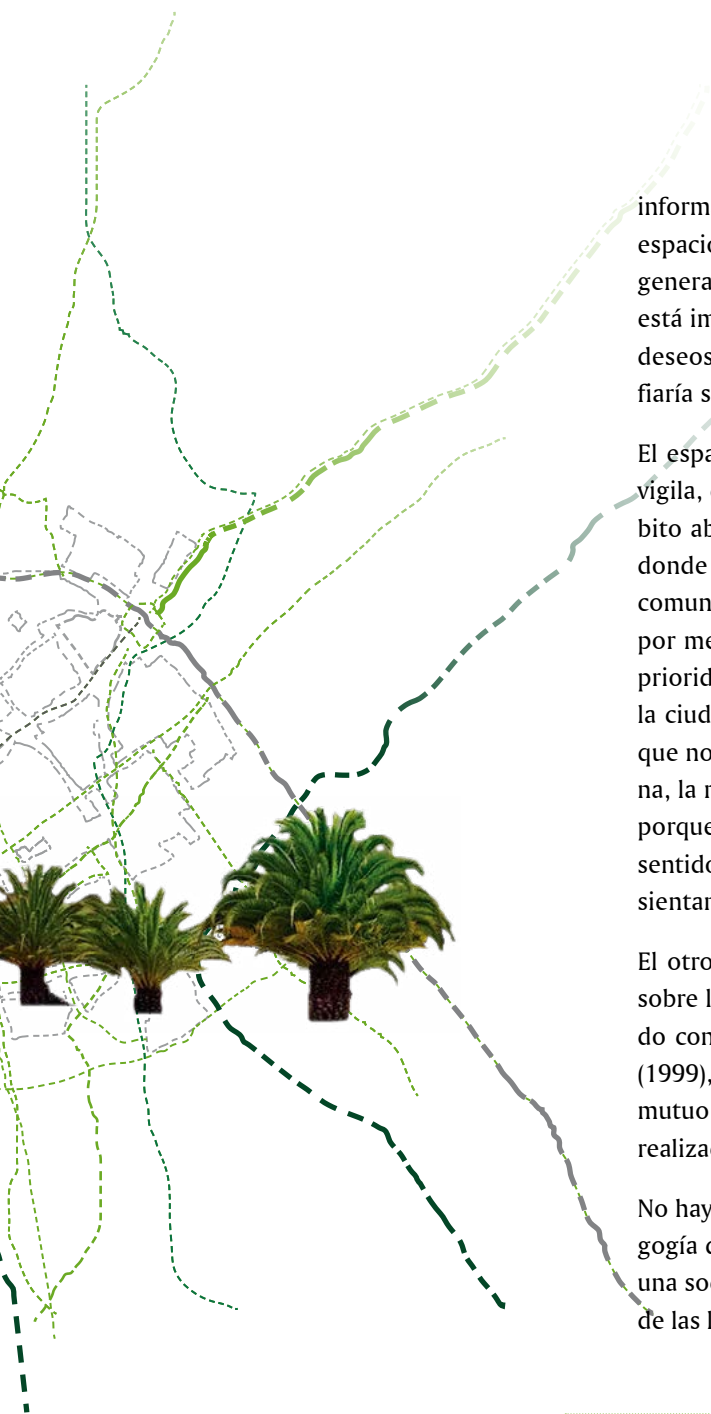
Traer a primer plano el discurso sobre lo público y rescatar el respeto por la convivencia en los espacios de la ciudad fue el primer gran logro de la política de cultura ciudadana de la administración Mockus. Para Jürgen Habermas (1994), la ciudad es el espacio donde lo común, la *cosa pública*, se materializa; esto quiere decir que la ciudad, como entidad social, se hace visible en los espacios colectivos. Así, esta visibilidad o materialización es la presentación de la imagen (de la ciudad, en este caso) por medio de la cual se hace posible la representación<sup>31</sup>.

Esta materialización de lo público y la idea de cultura ciudadana fueron los aspectos que conformaron el “espíritu del tiempo” en la década de 1990, y después de muchos años de olvido, en Bogotá se asumió que el espacio público no es ni el residuo de la construcción privada ni el ámbito ajeno considerado como tierra de nadie; por el contrario, es el espacio donde los ciudadanos tienen acceso en forma igualitaria a los bienes y servicios colectivos (Rodríguez, 2006), y es también el ámbito en el que se concreta la solidaridad colectiva, como resultado de la capacidad de ponerse en el lugar del otro, intercambiar y aceptar diferentes opiniones.

Vale la pena recordar que en la XV Trienal de Milán (1988-90), el teórico Marco Romano, en el artículo “Ciudadanos sin ciudad” (1987), base de la presentación italiana en esa muestra internacional, centra su reflexión en el antagonismo privado-colectivo en la ciudad y señala: “nunca la sociedad dispuso de tantos medios, de tanta

---

31 Vega, Amparo, en revista IIE-Ensayos. 1993-94. Instituto de Investigaciones Estéticas. Facultad de Artes. Universidad Nacional de Colombia.



información y tanto confort, como en ese momento, pero nunca dispuso de menos espacios colectivos”; además se pregunta: “¿qué legados urbanos dejará nuestra generación para las venideras?”. Concluye al señalar: “así como el deseo de amar está impreso en lo más profundo del alma, hasta encontrar su objeto; así están los deseos de las cosas colectivas a las que el hombre puede nombrar. Pero nadie confiaría su identidad en cosas colectivas sin raíces y sin futuro”.

El espacio público es el ámbito de la democracia, de la igualdad, desde donde se vigila, controla y critica a la autoridad. Hannah Arendt (2005) señaló que es un ámbito abierto e incluyente; Habermas completó esa definición al indicar que es allí donde se consolidan los cambios sociales, que son inherentes a lo simbólico y a la comunicación, que permite el entendimiento entre los miembros de la comunidad por medio de la deliberación para llegar a un consenso. Se entiende, entonces, la prioridad que tuvo el espacio público en la Alcaldía de Antanas Mockus: de pronto, la ciudad se encontró —se reencontró— con sus espacios y comenzó a entender que no son los sobrantes de las construcciones, sino que son el eje de la vida urbana, la razón de ser de la ciudad, por sus formas, usos y significaciones. Las formas, porque proveen la identidad de la ciudad y de sus habitantes; los usos, porque dan sentido a la vida urbana, y las significaciones, porque permiten que los habitantes se sientan parte de la ciudad, a la vez que esta hace parte de cada uno de ellos.

El otro pilar del gobierno de Mockus fue el lenguaje, base de los pactos sociales sobre los que fundamentó su pedagogía hacia el logro de consensos. Así, de acuerdo con los enunciados señalados por Habermas en *Teoría de la acción comunicativa* (1999), los consensos serían el resultado de la cooperación social, la solidaridad y el mutuo respeto entre los ciudadanos; todas categorías que encuentran su campo de realización en el espacio público urbano.

No hay duda respecto al énfasis en los valores tradicionales propuestos por la pedagogía de Antanas Mockus, comenzando por el significado de los pactos sociales en una sociedad como la bogotana, que en los últimos años había pasado del discurso de las luchas sociales y la salida colectiva, a un fuerte individualismo que pregonaba



la salida individual, una especie de “sálvense quien pueda”. Este comportamiento que progresivamente atomizaba los diferentes estratos de la sociedad capitalina se evidenciaba en la fragmentación del territorio urbano. Bogotá se rompía en incontables conjuntos de vivienda, barrios cerrados y centros comerciales o malls que intentaban recuperar en espacios privados las tradicionales actividades del centro de la ciudad; curiosamente, esto ocurría en forma simultánea con la reflexión sobre la ciudad tradicional que había nutrido el discurso en la década de 1980.

Pero detrás de los valores tradicionales que apuntaban a la convivencia ciudadana, en las propuestas de Mockus aparecía el pensamiento kantiano, ahora interpretado por medio de Habermas: esto confirma que el uso público de la razón permite juzgar y criticar los comportamientos de la autoridad.

Dos señalamientos de la semióloga búlgara Julia Kristeva, que articuló la semiótica con el psicoanálisis, merecen ser considerados antes de avanzar en la reflexión filosófica: el primero es inherente a ese ideal kantiano que permite juzgar los comportamientos de la autoridad desde la razón pública y que se acerca a la idea de transgresión a lo conocido, que Kristeva plantea en *Travesía de signos*: “el proceso de conformación del signo implica una instancia de trasgresión en la que el sujeto hablante cuestiona (trasgrede) las instituciones. La familia, el Estado y la religión por su carácter autoritario” (1985, p. 14). Desde este punto de vista, la actitud de Mockus es transgresora, intención que confirmará en sus referencias posteriores al filósofo francés Lyotard.

El segundo señalamiento de Kristeva se refiere a un nuevo modo de acercarse a la ciudad: el sujeto es parte activa en cualquier proceso; ya no se trataba de intervenir la ciudad desde la mirada distante de un urbanista-laboratorista, sino desde adentro de los procesos mismos; es decir, desde la vida en la ciudad, y ello puede ser interpretado como el paso de la ciudad cuantificada a la ciudad narrada. También Kristeva (1985) introdujo el concepto de práctica significativa, el proceso semiótico de la producción de signos complementado con el deseo; por eso, el objeto que pone en juego al deseo se diferencia del que satisface una necesidad: “el objeto

del deseo es un objeto alucinado, algo no hallado o perdido” (Pérgolis, 2008). Por último, más allá del significado de la ciudad, la significancia que propone Kristeva conduce al sentido; es decir, a algo más amplio y vivencial que la simple referencia a los elementos del lenguaje. Se puede concluir, entonces, que en todo signo subyace un deseo.

La Alcaldía de Mockus mostró una administración de la ciudad que supo atender tanto las necesidades de la comunidad, como la satisfacción de sus deseos, y produjo una nueva representación de Bogotá basada en esa satisfacción; esto dio lugar a un imaginario positivo: Bogotá, la ciudad fea y peligrosa, pasó a ser la ciudad anhelada, la ciudad deseada: *Bogotá coqueta*.

La ciudad cambia en cuanto cambian los comportamientos de sus habitantes, y esto se logra con *educación ciudadana*; pero a su vez, para que el proceso de educación sea aceptado y alcance los resultados esperados, se debe partir del imaginario. Esto significó trabajar en principio sobre el modo como los bogotanos representan su ciudad, imaginario que al ser reconocido y aceptado por los medios de comunicación, trascendió más allá de la ciudad y convirtió a Bogotá en paradigma de cultura ciudadana. Años después, en una conferencia dictada con el grupo Federici de la Universidad Nacional de Colombia<sup>32</sup>, Mockus lo definió así: “El objetivo del programa de cultura ciudadana es aumentar el cumplimiento voluntario de normas, aumentar la capacidad de celebrar y cumplir acuerdos, aumentar la comunicación y la solidaridad entre los ciudadanos, y esto es una formulación de la regulación cultural lo menos dependiente posible de cargas teóricas de ciencias sociales”. En un aparte anterior de esa misma conferencia se puede leer: “[...] las ciudades forman ciudadanos, sin quererlo, sin darse cuenta, indirectamente”.

Es curioso ver cómo la ciudad-horror se convirtió en muy poco tiempo en la ciudad-cultura, y mientras este reconocimiento internacional volvió al contexto bogotano, sus habitantes agregaron rasgos de orgullo y seguridad en sí mismos en la

32 Formación en cultura ciudadana: la experiencia bogotana (s. f.). Recuperado de <http://www.grupofederici.unal.edu.co/documentos/AntanasForoNalCompCiudad.pdf>



representación de la ciudad. No podía haber, en ese momento, un imaginario más receptivo para el discurso de la Alcaldía: los *actos del habla* en palabras de Habermas; los *juegos del lenguaje*, en las de Lyotard, hábilmente utilizados por Mockus para establecer las reglas del juego, se convirtieron en el eje articulador de la convivencia en Bogotá.

En la ciudad como red comunicacional, la información es la materia prima. Michel Serres observa que los personajes de la mitología contemporánea no son Atlas, símbolo de estabilidad; ni Hércules, artífice de los grandes trabajos; ni Prometeo, cuyo fuego transforma la materia; el personaje es Hermes, el mensajero de los pies alados. “Ahora vivimos en una inmensa mensajería —observa Serres—, en la que la mayoría trabajamos de mensajeros: soportamos menos cargas, encendemos menos fuegos, pero transportamos mensajes que, a veces, gobiernan los motores” (Serres, 1995a).

Serres observa también tres palabras que explican la anterior cita: *forma*, *trans-formación* e *in-formación*. La primera, se refiere a lo sólido, al tiempo reversible, a Atlas y a Hércules. La segunda, a Prometeo, cuyo fuego derrite el metal y es la imagen del cambio. La *información* es lo volátil, la materia prima de la ciudad de la comunicación, de la ciudad de la pluralidad.

En una Bogotá inmersa en el mundo de la comunicación, la información fue la materia prima; por ese motivo, el pensamiento de Lyotard fue fundamental en el programa de gobierno de Mockus, ya que para Lyotard el conocimiento se relaciona con el discurso, con el lenguaje y con los múltiples relatos; es decir, con los aspectos básicos de una sociedad de las comunicaciones.

La modernidad termina, indica Gianni Vattimo en *La sociedad transparente* (1990) cuando se evidencia que la historia no es algo unitario basado en grandes relatos; sino un conjunto de diferentes voces que cuentan diversos relatos concurrentes.

En la década de 1990, en Bogotá, cada día se oían nuevas voces de identidades diferentes y grupos minoritarios que participaban en la escena urbana. La Alcaldía se



hizo eco de esta pluralidad y convocó a numerosas investigaciones<sup>33</sup>, las cuales se publicaron y dejaron ver los múltiples y diferentes aspectos de Bogotá que permanecían silenciados. De pronto, la ciudad dejó ver que más allá de la historia oficial existían otras igualmente válidas.

Lyotard mostró en *La condición posmoderna* (1989) que las verdades indiscutibles de la modernidad y sus grandes relatos pierden legitimidad, observación que en el medio bogotano de esa década, signado por el individualismo, parecía incluir el discurso sobre el consenso proclamado por Habermas ante una sociedad urbana heterogénea y fragmentada. Según Lyotard, el consenso “violenta la heterogeneidad, limita la creatividad y la invención que se hace en el disenso” (p. 11).

Los dos primeros capítulos de *La condición posmoderna* se refieren al saber y a la legitimación del saber en las sociedades contemporáneas, en un mundo que el autor señala como “postindustrial” y “posmoderno”, y concluye con una observación que explica la intención del proyecto de cultura ciudadana de Antanas Mockus: “La cuestión del saber en la edad de la informática es más que nunca una cuestión del gobierno” (Lyotard, 1989, p. 24). Lyotard centra la cuestión del saber en dos aspectos: la *investigación* y la *transmisión* de conocimientos; es decir, el proceso que lleva al conocimiento y su comunicación.

En el proceso comunicacional, basado en lo que el autor llama *juegos del lenguaje*, adquiere una gran importancia el concepto de contrato donde se establecen las reglas ya que sin ellas las jugadas serían arbitrarias (Lyotard, 1989). Estos aspectos fueron expresados muy claramente en la relación entre el gobierno de Antanas Mockus y los ciudadanos; eso facilitó la aceptación y comprensión de los mensajes, pero, fundamentalmente, creó un marco de confianza entre los “jugadores” de una ciudad acostumbrados a la desconfianza. Por último, Lyotard pone en evidencia que todo enunciado debe ser considerado como “una jugada hecha en el juego”.

Existen diferentes tipos de enunciados que definen particularidades de aceptación o rechazo en la comunicación: los enunciados *denotativos*, ponen a quien lo emite

---

33 El Observatorio de Cultura Ciudadana hizo numerosas convocatorias al respecto.

en una posición “sapiante” de obvia superioridad respecto de quien lo recibe, que puede aceptarlo o no, pero no admite discusión. Este tipo de mensajes fue el modo tradicional de comunicarse entre las instituciones y la comunidad, y la no aceptación por parte de la comunidad constituía una transgresión.

Los enunciados *performativos* tienen carácter informativo, no generan discusión ni requieren verificación: la comunidad lo recibe como una información que la ubica en un contexto. Dada la autoridad “sapiante” de quien emite el mensaje informativo, en este caso el gobierno de la ciudad, muchos mensajes enunciados por Antanas Mockus tuvieron carácter performativo y fueron bien recibidos y aceptados por la comunidad. Este tipo de mensaje constituyó la base del modelo comunicacional empleado por esta Alcaldía, que incluso convirtió en performativos algunos mensajes denotativos que no hubieran sido fácilmente aceptados por la comunidad bogotana, como el caso de señalamientos en el comportamiento en el espacio público o en el tráfico peatonal y vehicular: cruces por sendas peatonales, respeto al peatón y medidas de seguridad en la conducción de vehículos, de difícil aceptación en una sociedad individualista y desinformada como la bogotana de esos años (figura 30).

Los enunciados prescriptivos son órdenes, mandamientos o instrucciones, y son los mensajes de más difícil aceptación por las comunidades que históricamente han desconfiado de sus dirigentes y autoridades, a quienes siempre han visto como instancias represoras y arbitrarias que atentan contra el individualismo.

Visto este proyecto muchos años después y analizado en comparación con la siguiente Alcaldía, la de Enrique Peñalosa, se entiende la recordación que tienen aún hoy los mensajes de Mockus y la dificultad que tuvieron los enunciados de Peñalosa, que, aun sin serlo, sonaban prescriptivos.

“Con los juegos del lenguaje sucede algo fascinante: todos somos competentes, pero además todos podemos salir con lo inesperado, romper creativamente la regla, crear la nueva jugada o el nuevo juego [...]”, escribió Antanas Mockus en el *Magazín Dominical* del diario *El Espectador*. Así, más de veinte años después y en el contexto



**Figura 30.** Tarjetas ciudadanas de aprobación o desaprobación ante actitudes en el tránsito urbano. Se usaron entre los conductores de automóviles

**Fuente:** Alcaldía Mayor de Bogotá.

de toda la historia bogotana, se entiende la libertad y el sentido de la democracia que la ciudad vivió en esos años.

Vale la pena señalar el comentario con que Lyotard concluye el capítulo referente a este tema en *La condición posmoderna* en cual expresa que las jugadas del lenguaje establecen el lazo social, y vale la pena hacerlo mientras se observa la Alcaldía de Antanas Mockus, un momento en la historia de las ciudades colombianas en que, a partir de un programa basado en juegos del lenguaje, se logró la constitución de un verdadero lazo social.

Para Lyotard (y para Mockus en su discurso hacia Bogotá), el *acontecimiento* es el nudo de la reflexión, va más allá del significado, provee un excedente de sentido<sup>34</sup> que permite “contextualizar conocimientos y otras creaciones tomadas de otros contextos” (Lyotard, 1989, p. 21). De esta manera, se pueden establecer mecanismos comunicacionales en medio de una gran diversidad cultural, como la que se vivía

**Figura 31.** Pedagogía urbana por medio de mensajes performativos: mimos enseñan a utilizar los senderos peatonales en las esquinas

**Fuente:** Alcaldía Mayor de Bogotá.

“Mime in black hat and waistcoat dances on white background”. Autor: Vivash - Freepik.com

34 El *significado* surge de la interpretación de un signo (Pierce), de la relación epistemológica entre un significante (lo que la cosa es) y lo que conocemos de ella (significado). Permite un conocimiento por la forma: denotación; al relacionar ese conocimiento con otros conocimientos afines surge la connotación (de Saussure). El *sentido* aparece con las prácticas que se desarrollan con los significantes. La relación o práctica de los habitantes con el significante *ciudad* crea un horizonte de sentido. Algunos autores señalan que el sentido de la vida en una determinada ciudad aparece en la medida en que esa ciudad es capaz de satisfacer el deseo de sus habitantes.



en Bogotá en la década de los noventa. El acontecimiento es la jugada nueva que conduce a la reorganización de todo el juego, concluye Mockus (Lyotard, 1989, p. 21).

Contrario a lo que podría pensarse, es el disenso y no el consenso el productor de acontecimientos; por lo tanto, es también el disenso el generador de lugares, ya que más allá de los significados formales, el disenso se inscribe en un horizonte de sentido, es la escena en la que ocurren los acontecimientos. En la investigación *Bogotá fragmentada, cultura y espacio urbano a fines del siglo XX* (Pérgolis, 1998) se señaló el papel del acontecimiento en algunos espacios y construcciones de la ciudad: el estadio (El Campín) deviene lugar por el acontecimiento que constituye el partido de fútbol; el parque a su vez deviene lugar por el acontecimiento concierto (Rock al Parque) y, así sucesivamente, se observaron otros lugares (Pérgolis, 1998). El espacio genera una identidad que permite su reconocimiento; el lugar, por su parte, genera sentidos que permiten la apropiación.

La fragmentación del territorio como estructura de la ciudad fue una identidad de los años noventa en Bogotá, aunque desde años antes se estaba produciendo en otras partes del continente, tal vez siguiendo el ejemplo de la ciudad dispersa de la segunda posguerra en Estados Unidos; tal vez por facilidades económicas y constructivas de las empresas. Así, la tradicional ciudad construida *casa a casa* desaparecía ante la construcción “conjunto a conjunto”, situación que no se puede igualar con la expresión “barrio a barrio”, ya que este, como parte integrada de la ciudad, está basado en el espacio público, contiene diversas funciones (vivienda, comercio, producción, etc.) y, por lo general, está habitado por diversidades étnicas y sociales.

Por su parte, la idea de conjunto es la de un sector cerrado, privado, especializado funcionalmente y homogéneo, segregado económica y socialmente de la continuidad de la ciudad. Este proceso llevado a cabo por empresas constructoras convierte a la ciudad, que históricamente fue una construcción colectiva, en el resultado de acciones individuales, que no logran integrar a la comunidad por medio de la formación ciudadana: aquí, el “yo” como expresión de individualidad reemplaza al “nosotros” de la comunidad.



**Figura 32.** El espacio: un significado, una identidad. Estadio Nemesio Camacho El Campín

**Fuente:** Foto de Valentina Rincón L. (13 de agosto de 2016).



**Figura 33.** El lugar, un sentido. Estadio Nemesio Camacho El Campín

**Fuente:** Foto de Ángel Páez Calvo. (16 de diciembre de 2012).



Sin embargo, detrás de la ocupación de los conjuntos cerrados de vivienda y de las transformaciones de barrios abiertos en sectores cerrados hay un afán de identidad; en particular por estrato económico. De esta manera, los usuarios “se aseguran” una vecindad económica homogénea, al amparo de los conceptos de “seguridad” y “exclusividad”, hábilmente manejados por la publicidad del mercado de la construcción y la finca raíz. Pero esta tipología arquitectónico-urbana, basada en el temor al diferente, crea grietas sociales: el “otro” es diferente (no es de “los nuestros” del conjunto), por lo tanto, es peligroso, y la nueva tipología ofrece soluciones concretas: por una parte, aislarse y encerrarse, y por otra, controlar al diferente con equipos humanos y tecnológicos.

La ciudad se convierte, entonces, en un continuo de espacios cerrados y desaparece la idea de multiplicidad étnica, social y laboral, que fue su esencia. En el marco de la pedagogía de Mockus, la idea de *pluralidad* apunta a considerar que las diferencias, lejos de generar temores, deberían ser aspectos que enriquecen y deben ser incorporados en el propio mundo de los sentidos de la vida de cada uno, aunque la tradición muestra que pensar distinto ha sido —y es— casi un delito social.

En Bogotá, el espacio público ha sido el gran proveedor de representaciones para conformar el imaginario de la ciudad, y en especial la plaza —como en casi todas las fundaciones coloniales— fue la portadora de la imagen que identificó la ciudad. La plaza colonial, multifuncional, con el mercado, el rollo, la picota y el espacio para las fiestas representó a la Bogotá colonial; la plaza republicana, con su jardín enrejado, conformó otro imaginario: un espacio para la burguesía urbana, sin las funciones de la plaza de la Colonia, un ámbito para el paseo y el encuentro de una clase social, un espacio antes incluyente y después exclusivo.

El urbanismo moderno convirtió a la plaza en un plano duro; adujo que así había sido, pero este nuevo plano, carente de las funciones del espacio colonial, es un espacio vacío; falto de significado en sí mismo; le es aportado por el poder que lo rodea, que también le da sentido en el imaginario urbano. La modernidad en su afán funcionalista convirtió los parques barriales en espacios para el deporte y los cubrió

de canchas para diferentes juegos, otra forma de especializar funcionalmente un espacio social. Así, la ciudad perdió sus ámbitos tradicionales para el encuentro y los quitó también de las representaciones. El comercio y la especulación inmobiliaria encontraron en el centro comercial un espacio privado que intentó reemplazar el espacio público; sin duda, un reemplazo fácil para el vacío existente en el imaginario y una pérdida de bienes públicos en favor de los privados.

Pero con los programas de cultura ciudadana de la administración Mockus, la comunidad no solamente incorporó comportamientos y educación urbana, también comenzó a significar la ciudad y a tomar conciencia de las representaciones que nutrían el imaginario y generaban el sentido de pertenencia. Este cambio en la mentalidad de los ciudadanos fue entendido y capitalizado por la siguiente administración, la de Enrique Peñalosa, que asumió el gobierno de la ciudad en 1998 y la recuperación y significación del espacio público fue uno de sus programas bandera. Por este motivo, se señala al inicio de este capítulo que así como el imaginario opera sobre las formas de la ciudad, también se puede decir que las formas de la ciudad operan sobre el imaginario, ya que las obras físicas de esta administración generaron nuevas representaciones y un nuevo imaginario de bienestar y goce de vivir en la ciudad<sup>35</sup>.

En la secuencia *formas-usos-significaciones* que se señaló en el comienzo de este capítulo, podemos ver que así como la alcaldía de Antanas Mockus trabajó sobre las significaciones y desde estas hacia los otros dos términos, la alcaldía de Peñalosa operó sobre las formas de la ciudad y, por medio de estas, lo hizo sobre los usos y las significaciones, mediante la creación de espacios públicos: parques, plazas y recorridos peatonales que crearon una nueva imagen de la ciudad, fácilmente representable y de inmediata incorporación al imaginario, junto con un fuerte sentido de bienestar.

En el aspecto social, el gobierno de Peñalosa actuó sobre la ampliación de la cobertura de servicios públicos, la desmarginalización de barrios que se incorporaron a la

35 La expresión "goce de la ciudad" la encontramos por primera vez en una revista Cromos, de marzo de 1918, con motivo de la inauguración del Pasaje Hernández, espacio comercial en el centro de la ciudad. *Cromos* dijo en ese momento: "Un ejemplo de la nueva estética del confort, de la higiene y del goce de vivir en la ciudad."





ciudad por medio de su incorporación a los servicios básicos y el aumento de cupos educativos a través de un gran programa de construcción de nuevas escuelas y una red de bibliotecas. Esta intervención simultánea en la forma urbana y el aspecto social coinciden en una intención democrática en el acceso y el uso de los bienes públicos.

Al igual que a finales de los años cuarenta, cuando se decidió el fin del tranvía (que ocurrió en 1951), a fines del siglo XX, Bogotá optó nuevamente por el bus. El elevado costo de una línea de metro por la calle 80 condujo a la opción de un sistema más liviano, económico y de construcción más rápida. También se tenía la experiencia de la ‘troncal Caracas’, un corredor exclusivo para buses, de difícil funcionamiento, por la estructura anárquica de las empresas prestatarias del servicio y por el diseño de la obra, que la convirtió en insegura y peligrosa para los usuarios. Sin embargo, la troncal Caracas mostró que se podía elevar la velocidad comercial del transporte público con una adecuada infraestructura.

En 1995, durante la alcaldía de Mockus, se consiguió un préstamo del Banco Mundial para mejorar la deteriorada troncal y construir una nueva en la calle 80. Finalmente, el gobierno de Peñalosa logró convertir este proyecto en la primera línea de TransMilenio, que se inauguró en el 2000.

**Figura 34.** Recuperación del espacio público: Parque El Renacimiento, Bogotá

**Fuente:** Fotografía en la asignatura de *Percepción del espacio urbano*. Foto de Myriam Stella Díaz Osorio. (2013).





**Figura 35.** Recuperación y construcción del espacio público:  
Parque Tercer Milenio, Bogotá  
**Fuente:** Foto de Myriam Stella Díaz Osorio. (2011).



**Figura 36.** Biblioteca Virgilio Barco, Bogotá  
**Fuente:** Foto de Germán Fuentes. (2014).



**Figura 37.** Biblioteca El Tintal, Bogotá  
**Fuente:** Foto de Myriam Stella Díaz Osorio. (2014).





**Figura 38.** Bogotá, portal de Suba, una de las estaciones terminales de TransMilenio

**Fuente:** Foto de Germán Fuentes. (11 de mayo de 2016).



**Figura 39.** Bogotá, estación Suba-Av. Boyacá. Es-tación sobre puentes en intersecciones de vías

**Fuente:** Foto de Germán Fuentes. (11 de mayo de 2016).



**Figura 40.** Bogotá, avenida Suba-Calle 129

**Fuente:** Foto de Germán Fuentes. (11 de mayo de 2016).

TransMilenio S. A. es una empresa comercial e industrial del Estado en la que el 100% de las acciones pertenecen a instituciones públicas distritales, en tanto los servicios son operados por empresas constituidas como sociedades, a diferencia de las tradicionales entidades afiliadoras de propietarios de buses. El sistema está conformado por rutas troncales en las que operan buses articulados y biarticulados, y servicios alimentadores, atendidos por buses de un solo cuerpo. El sistema TransMilenio se reprodujo en otras ciudades colombianas y mostró la validez del sistema empresarial centralizado. Años después, TransMilenio pasó a formar parte del Sistema Integrado de Transporte Público, que reunió la movilidad colectiva de la ciudad en un único organismo, lo cual permitió la disolución de las viejas estructuras de transporte colectivo de la ciudad (Pérgolis & Valenzuela, 2007).



**Figura 41.** TransMilenio en la av. Suba con calle 127. Indudablemente, la imagen de los articulados rojos y su infraestructura hoy son parte del imaginario de Bogotá

**Fuente:** Foto de Germán Fuentes. (11 de mayo de 2016).

TransMilenio es considerado el gran logro de las administraciones de la última década del siglo XX en Bogotá, permitió una mejora en la velocidad de los desplazamientos pero también un notable enriquecimiento del espacio urbano, ya que el trazado de las rutas implica un rediseño urbano de los espacios por donde circula, con aceras y mobiliario apropiado.

El sistema TransMilenio, con sus buses articulados y su infraestructura, constituye una importante imagen que nutre las representaciones de Bogotá. En muy poco tiempo conformaron uno de los patrimonios de la ciudad y hoy está incorporado al imaginario de la ciudad en una ambigua relación de afecto y rechazo a TransMilenio (figuras 38-42).



**Figura 42.** TransMilenio en la av. Suba con av. Boyacá

**Fuente:** Foto de Germán Fuentes. (11 de mayo de 2016).



## Conclusiones a partir de imágenes: ¿Por qué en Bogotá, a pesar de tantas propuestas teóricas, siguen vigentes la arquitectura y el urbanismo del movimiento moderno?

Del montón de fotografías, escogemos dos. Con ellas comenzamos a dar forma a la idea de este texto; ambas pertenecen a uno de los más importantes libros que se publicaron sobre Bogotá, que, notablemente, es también uno de los más olvidados: *Bogotá, estructura y principales servicios públicos* (Sanz de Santamaría et al., 1978) editado por la Cámara de Comercio de Bogotá, con motivo de su primer centenario, en 1978. Una de esas fotos muestra la Plaza de Bolívar en 1949; la otra es una imagen de la carrera séptima en los años setenta. Ambas reflejan el espíritu de aquellas épocas, pero también coinciden con la representación que los bogotanos tenían de su ciudad en esos momentos.

La imagen que cierra el texto muestra una *ciclovía* en una avenida bogotana y es otra imagen que retrata el sentir de los habitantes en otro momento y en otra Bogotá, más de cincuenta años después de las anteriores; también, esta foto hace parte de las representaciones que se tienen de la ciudad y de la vida en ella. Miremos el entorno, miremos las personas en unas y en otras fotografías, miremos también los cuerpos y las vestimentas; independientemente de que unas fotos (figuras 43 y 44)



**Figura 43.** Vista general de la plaza de Bolívar en 1949  
**Fuente:** *Bogotá. Estructura y principales servicios públicos.* (1978). p. 195.



**Figura 44.** Carrera séptima en la década de 1970  
**Fuente:** *Bogotá. Estructura y principales servicios públicos.* (1978).

coincidan con horarios laborales y la otra con un momento de esparcimiento (figura 45), que una sea en colores y las otras en blanco y negro; entre las dos primeras fotos y la última media una sensación de libertad que es difícil de explicar.

¿Qué pasó en esos cincuenta años? Miremos las imágenes de otros momentos, escogidas para estas conclusiones: los edificios del conjunto habitacional Centro Urbano Antonio Nariño (figuras 46 a y b), paradigma de la arquitectura y el urbanismo moderno en el Bogotá de los años cincuenta. Esas fotos nos permiten entender el deseo de modernidad que siempre estuvo presente en el inconsciente bogotano y la capacidad de este urbanismo para satisfacerlo y conformar un imaginario complejo, expresado en el sentimiento ambiguo de sentirse inmerso —y satisfecho— en un medio moderno, aunque personalmente se esté aferrado a la tradición.

Algo parecido observamos en las transformaciones de la Plaza de Bolívar. La reforma del arquitecto Alberto Manrique Martín, de 1926, acabó con la vieja plaza-parque de fines del siglo XIX y creó el espacio anhelado por la modernidad bogotana: la plaza de las cuatro fuentes, la plaza *cachaca*, como las gabardinas de sus habitantes, como los tranvías cerrados *Lorenzas*, que llegaron en 1938 con el IV Centenario, como el *septimazo*. Pero el resultado, muy notorio en las imágenes, estaba más cercano al neoclasicismo que a la modernidad. En el imaginario bogotano de aquellos años, la representación de modernidad se confunde con las imágenes clásicas de la Europa imperial. Pero en la foto

**Figura 45.** Ciclovía dominical en la carrera séptima de Bogotá

**Fuente:** a. "Bikers in Bogota, Colombia". Autor: holgs (Stock image). (2016). b. "Bogota, Colombia - Ciclovía". Autor: Devasahayam Chandra Dhas. (2014).



a



b



**Figura 46. a y b.** Conjunto residencial Centro Urbano Antonio Nariño, Bogotá, 1952. Bloques aislados sobre el plano verde de una “supermanzana”

**Fuente:** a y b. Fotos de Juan Carlos Pérpolis.

de la carrera séptima en los años setenta no hay confusiones ni dudas: allí vibra la ciudad moderna, construida sobre las tipologías de los espacios tradicionales (la calle paramentada y continua), con su arquitectura reciente y los andenes repletos de peatones.

Sin embargo, detrás de las imágenes modernas del Centro Urbano Antonio Nariño y su propuesta hacia un nuevo modo de vida para los bogotanos había otras novedades: era el fin de la construcción de la ciudad “predio a predio” en favor de los grandes proyectos y era también el fin del arquitecto —u otro profesional— constructor de la vivienda individual, “la casa”, que, como las letras que conforman los párrafos, conformaron también, una a una, el texto urbano. La arquitectura de clientes individuales produjo sus últimos —y excelentes— ejemplos en los barrios Chicó y Country, en Bogotá, pero fueron las grandes obras las que cambiaron el imaginario de la capital.

“Es hora de adquirir una vivienda con portería y vigilancia privada, mejores condiciones y servicios: todo cerca, con citófono de cada apartamento a la portería y planta eléctrica propia”, señalaba una publicidad de *finca raíz* a inicios de la década de 1970. La idea del barrio de viviendas cerrado fue un éxito comercial, apoyado en la imagen de “seguridad” y en la “exclusividad”, que permeó el gusto de los bogotanos. La idea del movimiento moderno que proponía súper manzanas con edificios aislados sobre un plano neutro, como el conjunto Centro Urbano Antonio Nariño, se articuló con la imagen de las extensas periferias de casas rodeadas de jardines en las ciudades norteamericanas.

En 1976 se inauguró Unicentro, el siguiente ejemplo que traemos a estas conclusiones por medio de dos imágenes: una perspectiva de conjunto que muestra el gran espacio urbano que comprende el *mall* y la urbanización que lo rodea. La otra imagen deja ver el protagonismo del automóvil en los espacios que rodean al edificio. Unicentro fue el primer centro comercial desarrollado sobre el concepto de *mall* en Bogotá: “Desde mañana usted podrá disfrutar el placer de comprar, de divertirse y de vivir con seguridad”, señalaba la publicidad que reunía en una sola frase el ideal de “ciudad dentro de la ciudad”, del economista canadiense Lauchlin Currie. El eco-



**Figura 47.** Unicentro inauguró la era de los *malls* en Bogotá

**Fuente:** Fotografía Revista *Escala* N.º 87. p. 15.



nomista fue asesor en varias oportunidades del Gobierno nacional y la Alcaldía de Bogotá, con la idea de seguridad, eje de las campañas para imponer un modelo de ciudad basada en sectores cerrados, en la exclusión y en la rentabilidad que ofrece la construcción seriada y repetitiva.

En ese momento no se alcanzó a dimensionar el profundo cambio que se producía en las representaciones y en los nuevos imaginarios que se consolidaban. Desaparecía una ciudad de parques y plazas públicas, de encuentros en el centro, allí donde estaba todo lo que la ciudad podía ofrecer: cultura, identidad, esparcimiento, y en el horizonte se asomaba la nueva ciudad de espacios privados que intentaban reemplazar los espacios públicos, al amparo del atractivo del consumo.

Sin embargo, a pesar de la importante conceptualización teórica que se generó en las décadas de 1980 y 1990, y del discurso a favor de la ciudad anterior al movimiento moderno, a sus espacios y significados de uso tradicionales en esos años, la construcción y la finca raíz siguieron atados a los principios del movimiento moderno, y la ciudad continuó su expansión por medio de conjuntos cerrados de viviendas y centros comerciales o *malls*.

Detrás de este gusto popular masivo, que alcanzó a los diferentes estratos socioeconómicos, existe una publicidad que exaltó la “seguridad” como atractivo para un público anhelante de exclusividad. Junto con este proceso que conti-



**Figura 48.** Unicentro: fachada principal

**Fuente:** Fotografía Revista *Escala* N.º 87. p. 8.



**Figura 49.** Barranquilla, la ciudad del Caribe: torres aisladas en espacios enrejados y conjuntos cerrados, en un contexto dominado por la vialidad y los almacenes de grandes superficies

**Fuente:** Foto de Juan Carlos Pérgolis. (2016).



**Figura 50.** Bogotá, la ciudad del altiplano: torres aisladas, espacios enrejados y estacionamientos (Conjunto residencial en Suba)

**Fuente:** Foto de Clara Inés Rodríguez Ibarra. (2016).



a



b

**Figura 51. a y b.** Medellín y Bucaramanga: torres aisladas y almacenes de grandes superficies

**Fuente:** a y b. Fotos de Clara Inés Rodríguez Ibarra. (2014).

núa, aún hoy, transformando las ciudades colombianas con imágenes muy parecidas en todas ellas, hay que considerar los ambiciosos intereses económicos, la especulación inmobiliaria y el facilismo de las empresas constructoras que subyace detrás de las nuevas imágenes urbanas, tan cercanas a las de la arquitectura moderna de los años cincuenta y sesenta, aunque tan diferentes en su pensamiento arquitectónico e ideología.

Ante esta realidad, es evidente que los planteamientos formales del movimiento moderno continúan vigentes hasta nuestros días; sin embargo, el contenido social de aquellas propuestas de los maestros modernos, de la Carta de Atenas y de los arquitectos colombianos de fines de los años cuarenta ya no están presentes; en cambio, se acentuaron la segregación social y el individualismo.

Las últimas fotografías escogidas para estas conclusiones corresponden a los conjuntos residenciales que se construyen en la actualidad. Intencionalmente escogimos contextos muy diferentes: Bogotá, Barranquilla, Medellín y Bucaramanga, con la intención de señalar que el actual imaginario de *confort* —quisimos utilizar la palabra empleada por la revista *Cromos* de 1918— y las representaciones de sus habitantes se asemejan asombrosamente en todas las ciudades, aun en aquellas de contextos, clima y paisaje cultural más diversos. Sin duda, es un logro de la publicidad y una

muestra de su influencia en el imaginario. Es evidente la identidad “moderna” de estos proyectos, ya que responden tanto a los planteamientos de aquel movimiento (independencia de las partes y definición de los bloques “aislados”), como a las posibilidades sanitaristas de “aire, luz y sol” para todos... pero no es lo mismo.

Pero si miramos con cuidado las imágenes de estos proyectos, vamos a descubrir algunos gestos, algunos detalles que los diferencian de aquellos de los maestros modernos: en primer lugar, encontramos la ambición económica, que borra la pasión por la arquitectura que vivieron los arquitectos del movimiento moderno. La segregación de esta arquitectura encerrada entre rejas que la aíslan del continuo de la ciudad evidencia una intención excluyente, a diferencia de los objetivos de igualdad y democracia de los espacios urbanos que exaltaban los maestros modernos y se expresaban en los recorridos abiertos, entre los bloques y en el verde de espacios públicos continuos.

Otros dos aspectos llaman la atención en estas fotografías, uno es propio de la arquitectura y el otro lo encontramos en el planteamiento urbanístico que los contiene: por una parte, la excesiva cercanía de los bloques, en algunos proyectos, dificulta la privacidad de los apartamentos, y por otra, la falta de ciudad que los envuelve, ya que parecen rodeados por “tierras de nadie”, destinadas a la circulación vehicular y al comercio en grandes superficies.

Por último, queremos mencionar la ingenua ironía de los nombres seductores que utiliza la finca raíz, referencias a la naturaleza y al “verde”, color que no aparece ni en los automóviles estacionados, que son los verdaderos protagonistas de los espacios comunes en muchos proyectos, junto con las rejas que encierran los conjuntos y crean una ilusoria sensación de seguridad al interior, aunque olvidan la solitaria e insegura “ciudad” que crean en el exterior.

Vale la pena, entonces, para cerrar este texto, traer una vez más la frase de Marco Romano, citada en capítulos anteriores: “Jamás la sociedad dispuso de tantas posibilidades para construir viviendas y nunca los miembros de esa sociedad tuvieron tantas facilidades para acceder a la vivienda propia, pero al mismo tiempo, nunca la sociedad tuvo menos ciudad” (Romano, 1987).

